



# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

CRÍTICOS NOTABLES  
**FEDERICO BALART**



Gran talento, gran valía,  
una erudición inmensa,  
y..... ¡cuando más falta hacía  
se retiró de la prensa!

## SUMARIO

TEATRO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Fatal estímulo, por Eduardo Bustillo.—Coplas, por José Estremera.—¡Mecachis!... pastor, por Eduardo de Palacio.—A Lola..., por Juan Pérez Zañiga.—Carta confidencial, por Simón Delgado.—Baturrillo, por Fray Canillo.—Bocanegra, por J. López Silva.—Juramento, por Francisco Gascón Cubells.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Feudo... Balart, por Pons.—Carreras, por Cilla.—Los forasteros, por Pons.



—¿Vive aquí D. Honorio Calomelano?  
—¿Don qué?  
—Don Honorio.  
—Puede que sea alguno de los que llegaron anoche retrasados por mor del tren. Pase usted al comedor.... Señora, ahí va uno que pregunta por un huésped.... Siga usted todo el pasillo.  
Y entré en el comedor, donde almorzaban varias personas de ambos sexos. Allí estaba D. Honorio, el escribano de mi pueblo, tratando de meterle el diente a una chuleta de marmolillo, y lo mismo fué verme, vino a arrojarse en mis brazos, diciendo:  
—¿Por qué se ha molestado usted? ¿No faltaba más! Hombre, ¿qué bien le ha quedado a usted el ojo! Conque usted tan guapo como siempre.  
—¿Guapo yo? ¿Qué lisonjero es este D. Honorio!  
—Vaya, vaya—siguió diciendo.—¿quiere usted almorzar?  
—Muchas gracias; ya lo he hecho. He sabido que estaba usted aquí, y vengo a ponerme a su disposición.  
—Pues llegué anoche, con siete horas de retraso.  
—¿Algún descarrilamiento?  
—No; una señora.  
—¿Cómo?  
—Una señora que venía en un coche de segunda, y comenzó a dar voces entre Quero y Villacañas porque se le había declarado un comisionista catalán. Vino el juez y ordenó que nos quedáramos todos detenidos hasta aclarar el asunto por medio de un juicio oral. Felizmente, el comisionista probó que la que se había declarado era ella, y entonces pudimos reemprender la marcha.... Pero, hombre, tome usted algo.  
—¿Si vengo de almorzar en este instante!...  
—¿Quiere usted una naranjita?  
—No, señor.  
—¿Un poquito de lechuga?  
—Nada absolutamente.  
—¿Caramba con el bueno de Luis! Pues yo estaba en el pueblo, y de pronto empezó a dolerme el estómago, porque hace dos años que tengo la solitaria; entonces me acordé de los billetes a precios reducidos, y me dije: «A Madrid, a ver si la expulso;» y aquí me tiene usted. ¿Y qué hay de cosas?  
—Lo de siempre: Becerra en Ultramar.  
—Sí, ya lo hemos sabido. ¿Qué se le va a hacer!  
—Y los liliputienses en el Teatro Español, haciendo títeres.  
—Hombre! ¿En el templo de Talía!  
—Sí, señor; en el de la propia Talía.

Don Honorio se indignó, sin dejar por eso de comer lechuga, y yo aproveché aquel silencio nutritivo para dirigir una mirada a los demás huéspedes.

Los había de todos los sexos y condiciones: un matrimonio vizcaino, con los dientes negros, que conversaba en su lengua y hacía gestos de disgusto cada vez que le presentaban un nuevo plato; un joven de Albacete, elegantísimo, con americana de cuadros a manera de jergón y zapatillas de paño bordadas al realce; un teniente de infantería, decididor y bullanguero, que arrojaba al aire pedacitos de pan y los recogía en la boca, y una mamá con su niña correspondiente, oriundas ambas de Zamora y feas las dos de nacimiento.

La chica no cesaba de comer, como si hubiera salido de un naufragio, pero la mamá fingía no advertirlo y, dirigiéndose al joven de Albacete, le decía con acento de amargura:

—Está muy delicada la pobrecita, y por eso la he traído a Madrid, a ver si con el cambio de aires la hago comer y se le quita el picor de la sangre.... Anda, Resurrección, prueba estas albondiguillas, que están muy buenas. Ahí donde usted la ve, se pasa el día rascándose, sin querer probar alimento. Cuando salimos de Zamora nos regalaron un jamón para el camino, y tuve que comérmelo yo, en compañía de un sacerdote.

Resurrección, para demostrar su inapetencia, mojóla pan en la salsa de las albondiguillas; después hacía un gesto displicente y acababa por tragarse los mendrugos y todo lo que encontraba al alcance de la mano.

Doña Genoveva, la patrona, dirigía miradas de odio reconcentrado a la joven inapetente, y todo se le volvía ir y venir desde el comedor a la cocina, murmurando:

—Si se yo esto, cualquier día la admito en mi casa. ¡Pues si sólo en pan se come los doce reales del pupilaje!...

—¿Ay, qué disgustos dan los hijos!—segufá diciendo la mamá, en conversación con el joven de Albacete.—No sabe usted el rato que me hace pasar siempre que nos sentamos a la mesa, y todo esto viene de unos amores desgraciados que tuvo con un inglés, que luego resultó pastor *evangelista*.

—¿Carambola!—dijo el de Albacete.

—Y no era cosa de que mi chica se casara con un presbitero, porque además él tenía humor herpético. Esto lo supimos muy tarde, cuando ya Resurrección se había enamorado, y aquellos amores fueron su ruina, porque comenzaron a salirle ronchas....

Hasta aquí llegaba la conversación de la señora zamorana, cuando la chica lanzó un grito y comenzó a llevarse las manos al cuello.

—¿El ataque, el ataque!—dijo la mamá, acudiendo a socorrerla.

Todos se levantaron sorprendidos, y el teniente cogió las viragueras y empezó a rociar el rostro de la chica, que continuaba agitándose convulsivamente.

—¿Qué hace usted!—dijo la patrona, arrebatando la botella de manos del militar.

—Rociarla con vinagre—contestó éste.

—¿Si ésa es la botella del aceite!—replicó la patrona.

En efecto, por la faz de la joven rodaban gruesas gotas de aceite de olivas, y ella, obedeciendo sin duda al instinto de la alimentación, sacaba la lengua y chupaba el líquido, sin dejar por eso de agitarse entre horribles convulsiones.

El ataque cedió, después de haber arrojado la joven por la boca un objeto duro,

—¿Qué es esto?—preguntó la mamá con espanto.—¿Un pedazo de hígado!

—No—dijo el joven de Albacete.—Un hueso de chuleta.

Don Honorio, que no es aficionado a ruidos, me llamó aparte, diciéndome:

—Yo me mudo. Desde ayer a las ocho de la noche, llevamos cuatro escándalos. El militar se equivocó anoche de habitación y fué a parar a la del matrimonio vizcaino, produciendo el natural disgusto. La patrona regañó esta mañana con el de Albacete, porque le encontró lavándose los pies en la pecera de la sala. Las de Zamora tuvieron un choque con el teniente, porque quiso abrazar a la criada y abrazó a la madre. En fin, las cosas de huéspedes son inaguantables en estos días de romería.

—Pues véngase usted a mi casa—dije yo.

Y aquí le tengo a mesa y mantel....  
¿Qué va a ser de mí, Dios mío?

La casa de una orquídea, viaje novelesco al interior del Yamen. Así se titula un libro notable que acaba de publicar D. Valentín Gómez, correctísimo escritor y autor dramático muy aplaudido.

La obra merece ser leída por varias razones, pero yo no he de citarlas, limitándome a decir con el profeta:

—Con verla basta.

¡Ah! D. Abdón de Paz, también correcto escritor y poeta inspirado, acaba de experimentar una emoción desconocida.

Leyendo un periódico de esta corte, tropezó con una poesía titulada *Málaga* y que llevaba al pie la firma de un sujeto más o menos apreciable, porque yo no le conozco.

—¿Carape!—dijo D. Abdón.—Esta poesía la he publicado yo en *La Ilustración Española y Americana* el año 1886.

Y apoyó la cabeza en las manos diciendo:

—Pero ¿estamos en la república literaria, ó en Sierra Morena?

LUIS TABOADA.

## FATAL ESTÍMULO

Se le encontró en su camino de deshonra y de infortunio; pidió, caída como ella, al lupanar un refugio; protección al vil comercio, gejes al placer impuro, contribuciones al vélo y a la codicia mendrugos.

Tercerías de la usura hicieron los fuertes nodos que aferraron a la esclava al poder de sus verdugos. Y Eugenia, hermosa andaluza que, en los harenes inmóviles, olvidó el rincón bendito de sus nativos terruños.

Tras los harapos de seda  
que la vendieron por lujo,  
y el aire de señorío  
que á Venus pidió en su culto,  
vió venir el menosprecio  
del que armas daba á su orgullo,  
y el desdén del que fué amante  
y del vicioso el insulto.

Atractivos de amor nuevo  
oscurecieron los suyos,  
y á más hajos mercaderes  
fué á parar de tumbó en tumbó:  
desde el balcón á la reja,  
desde el salón al tugurio,  
al percal desde el brocado,  
desde el caballero al chulo.

Mermáronle el pan guardiñas,  
no halla el sueño en lecho duro,  
de ladrones paga el gasto  
y de rufianes el gusto.

Desesperada, sin fuerzas  
para seguir noble impulso;  
ya con horror al trabajo  
que rehabilitarla pudo;  
á luz bien triste y menguada  
en miserable tabuco,  
deletra los del crimen  
relatos algo confusos,

pero en que siempre se evoca,  
por diabólico conjuro,  
el nombre de la que un día  
en el vicio al lado tuvo.

Y es la heroína del crimen,  
la que absorbe el juicio público,  
y remueve periodistas  
y enzarna juriscónsultos.

La ve allí glorificada  
con sus falaces discursos,  
con la insidiosa mentira  
que algo horrendo deja oculto.

La ve mimada por jueces,  
coreada por perjuros,  
ensalzada por discretos  
y jaleada por chuscos.

Ve que en cartas la pretenden  
y dan valor á su influjo;  
que altas damas la visitan  
y la obsequian hombres cultos.

Y entonces, la hambrienta esclava,  
del vicio en el antro oscuro  
se siente herida y levántase  
con el corazón convulso,

y sus ojos de envidiosa  
destellan ansias de triunfos  
en el crimen que entroniza  
con sus miserias el mando.

EDUARDO BUSTILLO.

## COPLAS

Morenita de mis ojos,  
morenita por quien muero,  
si te pones frente al sol,  
le vas á poner moreno.

¿Quieres que no se canse  
tu novio nunca?  
Pues promete, morena,  
pero no cu uplas.

Hice una torre muy alta  
y luego se vino abajo.  
No siento la torre yo,  
lo que siento es el porrazo.

Déjale al río que corra  
por donde debe correr,  
corazoncito, no quieras  
cosas que no pueden ser.

Quiéreme, y los dos haremos  
una pareja muy mona,  
que á mí me llaman el Chato  
y á tí te llaman la Roma.

Te vi en el confesonario;  
inútil lo considero,  
porque limpiar tu conciencia  
es como limpiar á un negro.

Yo quiero que te asomes,  
luz de mis ojos;  
pero tú no te asomas  
ni por asomo.

Yo quisiera ser un Cresó  
para poder merecerte,  
si se pudiera comprar  
el amor, que no se vende.

Como creí un imposible  
el ser dueño de tu amor,  
se lo rogué á Santa Rita,  
y la santa me escuchó.

Ahora quisiera olvidarte,  
olvidarte para siempre....  
Se lo ruego á Santa Rita,  
y no puede complacerme.

Dices que de dónde hacen  
todas las tristezas mías....  
Si estoy triste, es que recuerdo  
mis pasadas alegrías.

Volvamos; pero te advierto,  
que me has herido de muerte:  
puedo volver á adorarte,  
mas no volver á creerte.

Por una caricia,  
que tú me concedas,  
te daré mis ojos, aunque ya en mi vida  
después no te vea.

Toditas mis penas  
con gozo las guardo,  
pues eso es sólo, morenita mía,  
lo que tú me has dado.

JOSÉ ESTREMEIRA.

## ¡MECACHIS!... ¡AUTOR!

Todos los hombres eminentes tenemos debilidades.  
El mismo Felipe II fué débil, según D. Antonio Cánovas.  
Débil de estómago, indudablemente.

Todos nos dejamos llevar de nuestras añiciones particulares.  
Por otra parte, los genios no nos contentamos con un solo  
camino para llegar á la inmortalidad, ó inmoralidad, que decían  
los romanos del bajo imperio ó de los barrios bajos.

La crítica se encarga de descubrir las aptitudes y añiciones de  
las eminencias.

Ya habrán ustedes visto, leído u oído cómo ha considerado la  
crítica á Cervantes, á ese chico recaudador de alcabalas y nove-  
lista y pobre.

Cervantes novelista.  
Cervantes filósofo.  
Cervantes bibliófilo.  
Cervantes historiador.  
Cervantes poeta.  
Cervantes cautivo.

Cervantes funcionario público.  
Cervantes cocinero.  
Este proemio no huelga.  
Julianito Romca puede ser estudiado como autor cómico, y  
como actor y como maestro compositor de música.

Cilla, como artista y como trovador.  
Mi tocayo Eduardo Sáenz Hermúa, como dibujante y como  
autor cómico, y aun como *Mecachis*.

*Mecachis* ha sorprendido al país en Eslava con una obra es-  
crita y firmada por él mismo, aunque en colaboración con otro  
joven, el Sr. Liminiñana.

Cuando me dijeron que *Mecachis* había terminado el *Sol*, y  
que se encargaban de presentarle al público las chicas y los chi-  
cos de Eslava, sentí cierta emulación, «mal comprimida», como  
dicen en las novelas.

—¡Mecachis!—exclamé, no llamando á Hermúa, sino asom-  
brado al par que triste amigo.—¡Ya escribe para el teatro! ¿No  
contento con su popularidad artística, viene á meterse en nues-  
tro camino! ¿Y yo sin un juguete con que divertir al público du-  
rante algunas noches, y á mi tocayo Hidalgo al fin del trimestrel

¿Quién habría de sospechar que un muchacho de bien, un ar-  
tista de ingenio, un buen amigo, al parecer, saliera con que tam-  
bién escribe!

¡Venir á quitarnos el pan, ó, por lo menos, el vino, á los que  
ejercemos el noble oficio de manuscibir, sin mezcla de artistas  
ni mucho menos!

¡Mecachis!—esto como exclamación, por segunda vez.—¿Qué  
diría mi tocayo si me lanzase yo, por ejemplo, á pintar monos?  
¡El, tan celoso por el trabajo, tan activo!

¿Qué diría, supongamos, Gayarre, si supiera que *Lagartijo*  
se lanzaba á cantar *Favorita*, y en italiano?

Porque Hermúa no es uno más, sino uno que empieza con  
éxito y con simpatías.

—¿Y quién va á dibujar ahora las caricaturas en el periód-  
co?—me preguntaba muy apurado el propietario de uno de esos  
semanarios en que colabora mi tocayo.

—¿Usted trata á D. Práxedes?—pregunté al afligido propie-  
tario.

—Así, «por encima»—respondió.  
—Pues propóngaselo usted, á ver si admite. Esto aparte de  
que *Mecachis*, aun suponiendo que vendiera su fracción de propie-  
dad en el *Sol*, no sacaría lo suficiente para retirarse á la vida  
privada.

Esta nueva faz de la vida política de *Mecachis* ha producido  
honda sensación, como dicen los periódicos políticos peor es-  
critos.

Porque el hombre es campo abierto á la soberbia, y mi toca-  
yo, después del triunfo conseguido, y en Eslava, pudiera crecer  
ó crecerse, y aun llegar á no ser ni siquiera mi tocayo.

He conocido á un joven escritor, y ustedes también, proba-  
blemente, que se cambió su propio nombre por el de Julio.

—Pero, hombre, ¿por qué te llaman así, cuando tú eres Ti-  
moteo?

Y él me respondió:  
—He adoptado éste porque es más poético.  
—Vamos—repliqué,—¿un mote como *Frasuelo*, el *Gallo* y  
otros de nuestros diestros?

Pero en el fondo de mi corazón abrigó una esperanza respec-  
to á Hermúa:

*Mecachis* es harto superior á su siglo, como yo, para dejarse  
envanecer por el éxito.

Si se envaneciera....  
¡Ah! ¡Si se envaneciera!.... EDUARDO DE PALACIO.

## Á LOLA.....

PEA ELLA, PERO GRACIOSA

Hoy todas las señoras encopetadas,  
en lugar de mantilla, gastan sombrero,  
y ésta sólo es adorno de las criadas  
ó del escaparate de algún prendero.

Unas han adoptado breve capota  
con cuatro florcillas, buenas ó malas;  
algunas imitaron á la Mascota  
y, al tomar el sombrero, *Acataren alas*.

Hay quien se adorna el pelo con animales,  
Fulana lleva un cordero, Mengana un risco,  
y hasta se ven sombreros medicinales  
formados con raíces de malvabisco.

Y aun cuando la mantilla fué siempre airosa,  
caras hay que *vsruñen* muy rebonitas  
debajo de un sombrero color de rosa,  
cubierto de claveles y margaritas.

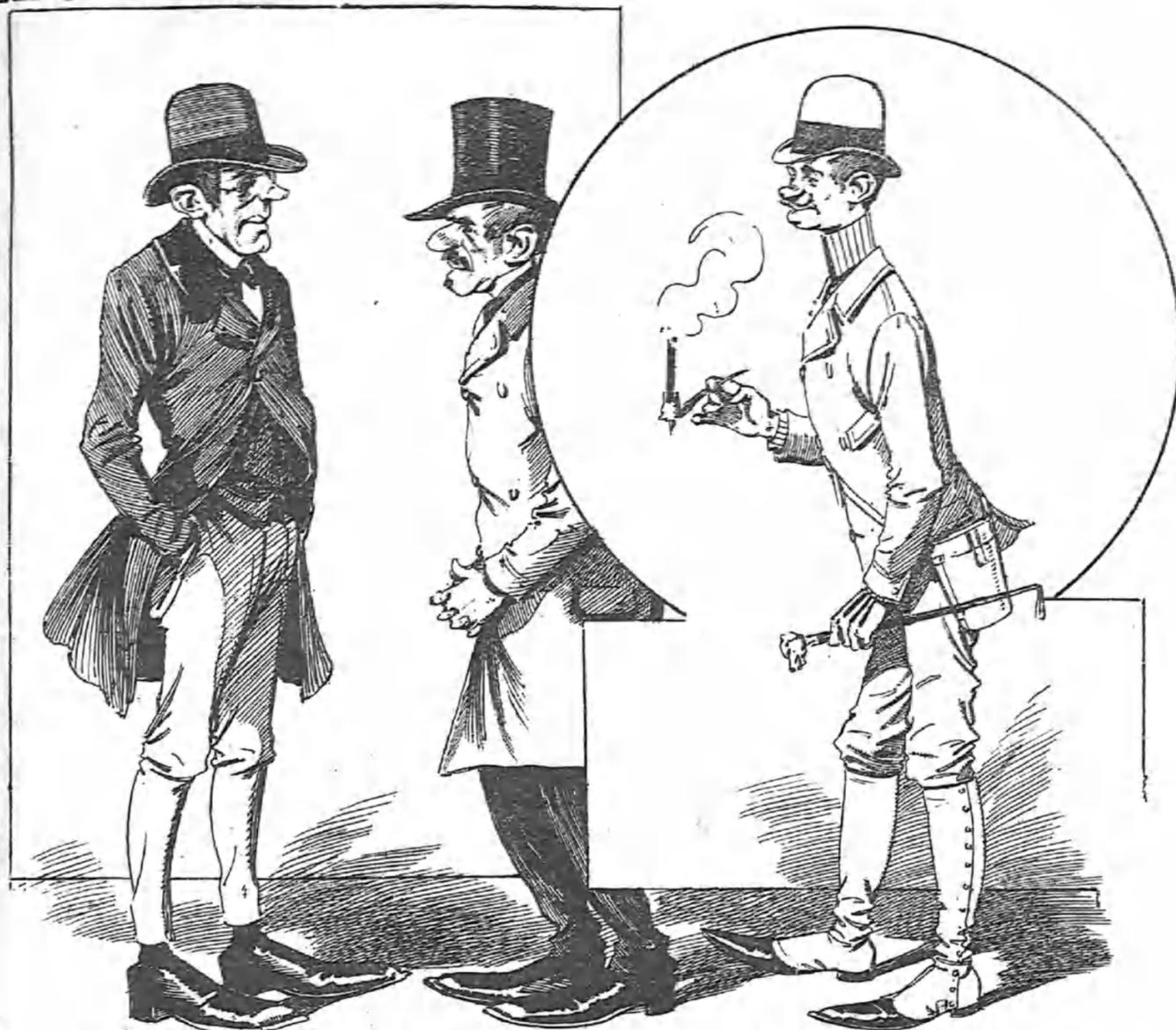
# CARRERAS



— Si yo llego á saber esto, primero estudio para caballería mayor que para perito agrónomo.



— De buena gana tendría relaciones con un jockey. Por lo menos, no serán tan pesados como algunos peimas que yo conozco.

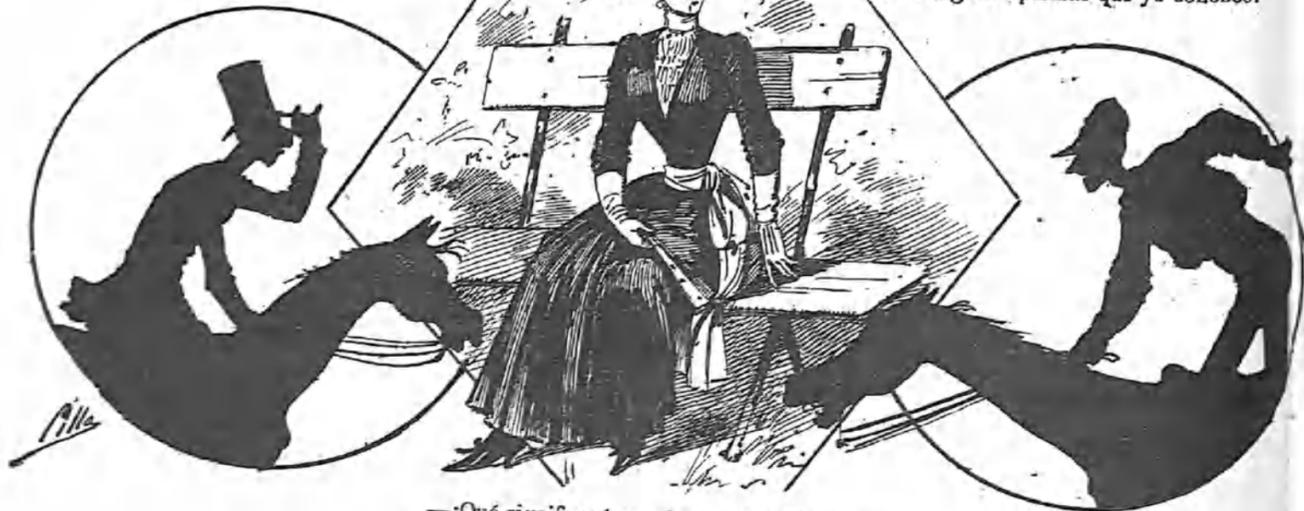


— ¡Mire usted que no poder optar á ningún premio habiendo dirigido una Academia!

— Y ¿eso qué importa?

— Es que la Academia era de carreras especiales. ¡Me parece que más especiales!

A esto llama luego *La Correspondencia* conocido *sportmen*.



— ¿Qué significará eso de que el Relámpago era favorito? ¡Como no quiera decir que se morían por él todas las yeguas!....



Apuntes de muchachas hechiceras que no suelen faltar á las carreras.

Pero es que eres fea como el pecatillo  
y sabes que las flores te perfuman,  
que siempre que te arreglas te causa enfado  
el ver tus espejitos como se explican,  
dejate de sombreros, querida Lola,  
y ponte la mantilla como tú sabes,  
ya que el cielo te ha dado gracia española  
para volverles locos a los más graves.

La de lindas facciones y piel muy clara,  
puede llevar pintajos en la chabeta;  
pero no tú, que tienes toca la cara  
y la nariz en forma de bicicleta.

¡Nunca podré olvidarme del sombrero  
que te hiciste a principios del mes de Enero,  
adornado con raspos de salmoneo,  
dos o tres alcahofas y un horniguero!

Hoy los hacen sencillos las constructoras,  
porque cambia la moda continuamente,  
y algún día veremos a las señoras  
con una zapatilla sobre la frente.

Però ya estoy cansado de tonterías  
y de pagar capotas pasando apuros,  
pues no hay moda que dure catorce días  
ni sombrero que baje de siete duros.

Conque así, amiga Lola, fuerza es que acabes  
de gastar sombreritos verdes ni rojos.  
Ponte, pues, la mantilla como tú sabes,  
¡y mírate en los vidrios de mis anteojos!

JUAN PÉREZ ZÓSTIGA.

## CARTA CONFIDENCIAL

Te quejas ¡oh buen Ventura!  
de que te das al demonio  
y la paz del matrimonio  
no parece, ni en pintura.

Te casaste enamorado  
(como se deben casar  
las gentes), creyendo dar  
con el más perfecto estado,  
y no has disfrutado un día  
de calma, porque tu esposa  
no deja la bulliciosa  
sociedad en que vivió.

Deseas que eso concluya  
y pides mi parecer  
porque ves que tu mujer  
es de todos, menos tuya.

Yo no encuentro otra manera  
más breve de aconsejarte  
como quieras, que contarte  
una historia verdadera:

Allá, en mi aldea, tenía  
en mi casa un huertecito  
que más grande si le habría,  
pero lo que es más bonito!...

Pues bien, en aquel jardín  
crecía, envuelto en verdura,  
un guindo chiquitín...  
de medio metro de altura.

¡Pero qué fruto! ¡Si vieras!  
Daba en épocas marcadas  
unas guindas como peras,  
¡tan gordas! ¡tan coloradas!

Noté un día que, partiendo  
de las haldas de la piedra  
del muro, le iba cubriendo  
con su follaje la hiedra.

¡Y estaba el tronco adornado  
con la hojarasca traidora  
de tal modo que, embobado,  
le miraba hora tras hora!

¡Pero la hiedra era el cocot!  
Se dijo: «¡Aquí que no pesot!»  
Y el árbol poquito á poco  
se me fue quedando seco.

Cuando yo quise poner  
remedio, era cosa hecha,  
¡y ya no he podido á comer  
más guindas de mi cosechad!

Héte que al año siguiente  
yo me casé con Gregoria,  
que era una esposa excelente,  
y Dios la tendrá en su gloria.

Tocante á lo enamorado,  
¡caracoles si lo estaba!  
pero vi, recién casado,  
algo que me incomodaba.

Mi mujer ¡claro! tenía  
sus amigas, sus parientes,  
tal cual primo, tal cual tía  
y... unos cuantos pretendientes.

Hubo, pues, sus visiteos,  
tertulias y reuniones,  
teatros, bailes, paseos,  
en fin, muchas relaciones.

Aquello adornaba mucho,  
como al guindo la verdura,  
pero yo estaba más ducho  
en cuestión de agricultura;

di contra aquella caterva  
y, allí corto y aquí rajo,  
separé la mala hierba  
y enseguida la eché abajo.

Dirás: ¿cómo pudo ser?  
Naturalmente, llevando  
la contraria á mi mujer,  
que me creía más blando.

Los demás á voz en grito  
contaron mi grosería,  
pero me quedé solito,  
que era lo que yo quería.

Y eso se hace pronto, ¿eh?  
casi de recién casado,  
antes de que el tronco esté  
con la hiedra encarinado.

De modo que ¡jojo avizor!  
y despacha en un segundo,  
puesto que es mucho mejor  
que riñas con todo el mundo.

Me dices en la postdata  
que te da mucho que hacer  
un barbilindo, que trata  
de agradar á tu mujer.

¡La cosa se pone oscura!  
¡Conque hay también barbilindo!...

¡Corta la hiedra, Ventura,  
que te va á matar el guindo!

SINESIO DELGADO.

## BATURRILLO

Apartéame la vista con horror del crimen de la calle de Fuen-  
rriatal (que está cubriendo un pasacalle de Chueca) y de los

Acostumbramientos literarios de D. Melchor de Palau, crítico per-  
manente, según él.

De fijo que D. Daniel López (el traductor de Macaulay) pen-  
sará, supongo yo, que vale más que Zahonero. No hay sino ver á  
D. Daniel en el Ateneo con aquel aire de satisfacción interior  
y aquellas patillas de alambre, que no le envidio. ¿Quién es el  
Sr. López? Un señor muy apreciable que sabe inglés, y como  
aquí—valga la franqueza— apenas hay quien sepa el idioma de  
Byron, D. Daniel está que no cabe en sí de orgullo. No, D. Da-  
niel no vale más que Zahonero, diga lo que diga. López: D. Da-  
niel traduce; Zahonero produce.

Lee D. Daniel en el Ateneo una conferencia sobre Macaulay—  
nada, que se figura que es el el único que conoce al insigne his-  
toriador británico,—una conferencia digna de un librero de vie-  
jo, y al día siguiente salen los periódicos alabando á D. Daniel.  
Fu notado—dicho sea de paso y sin mala intención—que los  
más de los sueltos que se publican referentes al Ateneo son  
iguales, parecen cortados por la misma tijera, y acaso lo sean.  
Habla Salillas, cuyo buen talento reconozco y aplaudo, y gra-  
cias que le llamen por su nombre; diserta el Dr. Escudé sobre  
antropología criminal... y el Sr. García Nieto pide la palabra;  
habla Zahonero, y nadie le dice: «qué maxilar inferior tan salien-  
te tienes.» ¿A qué se debe esto? ¿Lo digo? Prefiero acogerme al  
puerto del silencio, que decía Fray Luis de Granada. Y basta de  
chismes.

Zahonero no es orador: se expresa con dificultad, gesticula  
como un simio; pero tiene ingenio y no se muerde la lengua. Los  
que dicen que está loco no le conocen ni saben lo que es tener  
que escribir por la burdica. Si Zahonero llevase una vida menos  
agitada, si el peso de cuatro hijos que lleva sobre sus espaldas no  
le agobiase, acaso escribiría como se debe, y no andaría como  
anda, maldiciendo á todas horas que se las pela, con razón al-  
gunas veces; pero Zahonero no es un tipo, ni un desharrapado  
literario, ni un maldiciente de oficio: es un temperamento origi-  
nal, algo *détraqué*, que siempre dice algo nuevo á propósito de  
lo que ve, de lo que oye, de lo que observa, en fin. En su con-  
versación, como en sus escritos, se advierte el desorden mental  
del hombre que vive preocupado con la lucha diaria por la  
vida. No es el desorden que suele producir el espíritu de lectu-  
ras extravagantes é inconexas que se sube á ciertos cerebros visio-  
narios y calenturientos de suyo. A Zahonero le sucede algo de  
lo que le sucedía á Balzac.

A mí me es muy simpático el autor de *La Carnasa*. ¿Dónde  
le conocí? En la calle. Por cierto que estuvimos á pique de re-  
ñir.—«¡Esa crítica de V. no es crítica!»—gritaba moviendo los  
brazos como las aspas de un molino y el *clac*—porque ese día  
llevaba *clac*—embutido hasta el cogote.—«¡Valiente crítica, que  
no da explicaciones nunca!»—«Advierto á V.—le dije—que  
todo el mundo se va fijando en nosotros y nos va á tomar por  
locos. No soy crítico ni chispa, estamos conformes; pero...  
baje V. la voz.»—Y seguimos charlando tan amigos.—Me contó  
sus luchas con los editores, sus estrecheces pecuniarias... Con  
franqueza: yo esperaba resignado *el sablazo*; pero no, Zahonero  
no pide; es un *bohémio* con vergüenza.

Ya he dicho que no es orador; pero entretiene con su *causerie*  
incorrecta, discordante y graciosa. ¿De qué habló en el Ateneo? De  
nada y de todo. Dijo muchas verdades y dió muchas voces.—  
«Señores, hay que convencerse, mal que nos pese: estamos muy  
atrasados y somos muy rutinarios. (Risas.) Yo sé de una escuela  
de cadetes donde se enseña química en verso y con música. ¿Que  
no? (Moviendo la cabeza y fingiendo que guitarrea):

«Los sulfatos que son insolubles  
se obtienen por doble  
descomposición.

¡Prón!

(Grandes risas.) Lo que necesitamos es *hacer hombres*, edu-  
carlos, quiero decir. Una prueba, entre muchas, de que somos ru-  
tinarios, es que tenemos dos notabilidades consagradas para  
cada cosa: en política, no salimos de Cánovas y Sagasta; en el  
teatro, de Vico y Calvo; en la novela, de Galdós y Pereda; en la  
poesía lírica, de Campoamor y Núñez de Arce; en la tauroma-  
quia, de Lagartijo y Frascuelo, y... en el proceso del crimen de  
marras (debió agregar), de Peña Costalago y de Muzas... y la  
capa no parece.

Si nos parecemos algo (quien habla soy yo) al caballo y al pe-  
rro, enemigos acérrimos del progreso. Un perro no puede ver  
un coche corriendo sin que se sienta movido de ladrarle y mor-  
derle; un caballo se encabrita y espanta al ver pasar una locomo-  
tora á toda llave. ¡Hay todavía quien viaja en diligencia por-  
que tiene miedo á los trenes de vapor!

No todas han de ser censuras para el Ateneo. La velada, celebrada en honor del ilustre John Bright, *quedó muy lucida*, que diría Asmodeo. D. Gumersindo Azcárate, con palabra seca, arida y plúmbea, pero llena de doctrina, bosquejó fielmente el estado político y social de Inglaterra durante la vida de Bright. El Sr. Pedregal—orador tranvía, por lo mucho que descarrila—se encargó de contarnos, sin citar *The Pall Mall Gazette* (que ha publicado interesantísimas noticias acerca del famoso tribuno), los hechos más salientes de la vida política de Bright, y dijo—divino lapsus—que John había ido siempre unido a Bright.

El *héroe de la fiesta*—frase de revistero cursi—fue Moret, cuya palabra limpia y tersa como el espejo de un lago—símil de los baratos—dió sangre y colorido a la figura del eximio estadista inglés. No creo—con perdón sea dicho—que Bright, no obstante sus ruidosos triunfos, fuese el orador de más talla de la Cámara inglesa. Cierzo que era muy correcto, muy sobrio y diáfano en su estilo, pero le faltaba lo que a mi tanto me agrada en el orador: lirismo, pero lirismo bien entendido, el que predomina en los discursos de Marquay, por ejemplo. Advierto que lirismo para mí no significa música eolia, ó cosa así. Bright era un gran orador, quién lo duda? pero, a mi humilde juicio, *demasiado inglés*.

D. Gabriel Rodríguez leyó algunos fragmentos oratorios de Bright, traducidos correctamente en castellano. El Sr. Rodríguez debió de suprimir aquel trozo atestado de guarismos y datos que, en todo caso, revelarían la laboriosidad y paciencia de Bright, pero en manera alguna sus dotes de orador.

La velada, aunque *á escote*, gustó mucho á la concurrencia, que fue numerosa y selecta. (Asmodeo puro.)

FRAY CANDIL

BOCETO

—¡Melitón!  
—¿Qué?  
—Vamos hombre; sácate el *ganás* y engancha, si es que quieres. Y tú, Lucio, á ver si arreglas la baca y metes en un momento *toos* los envoltorios que *haigo*.  
—Voy.  
—¡Pues no *sus* cuesta poco trabajo mover las patas! Veis que hay en el parador la mar de gente que aguarda que salga el coche, y vosotros como si no vieses nada.  
—Bueno, calle usted.  
—En diciendo que no *su* da la real gana de trabajar, ni Dios padre *sus* espabila. ¡Si canta, *plazo* de burro, y verás cómo te pongo la cara de mamporros. ¡Eh, señora!... ¡Pero hombre, qué poca *lacha*! Ya podía usted haber hecho esa operación en casa; ¿ó es que á usted se le figura que el patio es alguna *cuadra*?  
—Ay, hijo, usted me dispense!  
—Es que ya no me acordaba de que esto es la *catedral*...  
—Si, véngase usted con *gnasas* *entovola*, que ha tenido la *ocurrencia* mucha gracia.  
—¡Míste la muy...  
—Señor Paco, ¿qué mulas pongo en las varas? ¿La torda á la *Pelegriña*, á la *Coronela* ó *ciúla*?  
—Pon las dos tordas que son las que están más *des* *insadas*, pero *daros* prisa.  
—Ya no falta más que engancharlas, y así se hace en dos minutos,

—¡Habéis *cargao* ya la *jaquima* del señor cura?  
—Sí.  
—Bueno; porque está aquí empantanada desde el viaje *antepasar*, y dice que le hace falta. No tengamos luego músicas, mira que es un cascarrabias.  
—Que no señor!  
—Pues andando. Á ver, los de Valdegárgaras, sábanse *ustés* al *vedicula*, que va á arrancar.  
—¡Hombre, gracias á Cañete! ¡Ya era hora!  
—Por eso lo digo.  
—Vaya, conque adiós, *señá* Benita. ¿Se le ofrece á usted algo?  
—Nada.  
—¡Ah! Dile á la Baldomera que no sea tan *sosaina*, y que á ver si tiene pronto familia.  
—Lo que es por *ganás* no quedará.  
—Y á él le dices que se parece á la casa de Astrarena, que no tiene más que *muchísima* *fachada*.  
—Bueno.  
—Que no te *se* olvide.  
—¡Ah! *Recasas* á la Gaspara.  
—De su parte de usted.  
—Lucio, échame *pa* acá esa tralla y cierra la portezuela.  
—¿Estamos ya?  
—Sí.  
—Pues arza. Eh, caballeros, que *mancho*! ¡Rid, Coronela! ¡Gitana!...

J. LÓPEZ SILVA.

JURAMENTO

—¿Me quieres?—me dijo un día, con voz dulce y melodiosa, la más sensible y hermosa de las hijas de María.  
Yo, viendo sus labios rojos, tan rojos como un rubí, entreabrirse, respondí:  
—Bien mío, me causa enojos que tal pregunta formule, sabiendo que son mi anhelo, mi luz, mi norte, mi cielo tus grandes ojos azules;

que la copa del dolor he apurado hasta las heces si en ellos algunas veces vislumbraba desamor; que de tu labio la esencia es la esencia de mi vida, y que son tuyos, querida, mi cariño y mi existencia; que es mi sola aspiración unirme á tí en santos lazos y, aprisionado en tus brazos, dormir en tu corazón.  
—Pues yo, en estilo más llano, te juro, prenda querida, que te amo más que á mi vida y que ésta será tu mano.

Llegó la ausencia; la balla de mi amor se fué olvidando; también fué el mío bajando hasta no acordarme de ella.

Nos dojió á los dos bastante, más no fué mortal la pena, pues ella está sana y buena y se la *pego* á otro amante; y yo, cada vez más guapo, como, bebo y duermo bien, y se la *pego* también á cuantas Evas atrapé sin que jamás á la mente me acuda aquel juramento, ni me parezca un portento quebrantarle mutuamente, pues conociendo muy bien el humano corazón, dijo, con mucha razón, ahora no recuerdo quién, que «para poner remedio de amor en la cruda guerra, no hay como poner por medio murallas de tiempo y tierra.»

FRANCISCO GASCÓN CUBELLES.



¿No han probado ustedes los refrescos *espumosos Herranz*? Pues se distinguen de todos los refrescos conocidos, y son tan agradables que, una vez probados, no se puede pasar por la Carrera de San Jerónimo sin caer en la tentación de reincidir.  
Conque si ustedes no prueban y reinciden, no tienen perdón de Dios... ni de Herranz.

Dice doña Baldomera en secreto á sus amigos que son hermosos los trigos cercanos á la pradera.

Y es que en sus tiempos mejores nunca fué la pobrecita á divertirse á la ermita, sino á los alrededores.

Se ha presentado en esta redacción, y por consiguiente hemos tenido el honor de abrazarle, nuestro querido y casi olvidado amigo el Sr. Gutiérrez. Ha venido á la romería de San Isidro.  
Y excusamos añadir que es uno de nuestros más importantes forasteros.

Cierto sastre, en Numancia, tenía la vergüenza en abundancia, y otro sastre, en Sigüenza, no tenía ni pizca de vergüenza. Por eso de los sastres digo yo que unos tienen vergüenza y otros *no*.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

P. Luca.—Debo decirle en secreto que es medianillo el soneto.  
Mejístofeles.—¿Fuera aconsonantando con *inercas*! ¡Ira de Dios! No pasemos adelante.  
Fulano de Tal.—Como es parodia de una composición publicada aquí, y larguita además, no me parece que daría gusto á los señores.  
Sr. D. P. B. L.—¡Se han hecho tantas coplas con eso de quedarse en la cama mientras la naturaleza sonríe!  
Sr. D. A. F.—Una cosa es la gracia, y otra el mal gusto; no conviene correrse más de lo justo.  
Sr. D. J. V. V.—Madrid.—Las composiciones que pueden publicarse se publican, pero gratis. Ese final también es de mal gusto.  
Policarpet.—No son publicables.  
Modisimo.—El asunto es de lo más gastado que se conoce. No versifica usted del todo mal.  
Sr. D. J. D. R.—Barcelona.—Pues tienen ambos el defecto de la inesperienza.  
K. Lafat.—También eso mismo se ha dicho ya en todos los tonos.  
K. Melo.—¡Oh Virgen del Amparo! ¡También hay guesonés en Oviedo!  
Tibisio.—No, ése no sirve.  
P + R.—Bien versificado, pero tan diluido ay! que cansa un poco.  
Fray Zola.—Tampoco usted versifica mal, pero tienen poca gracia y novedad los asuntos.  
Rajastuff.—Gracias, pero el periódico, como usted verá, no se de noticias.  
Sr. D. R. S. P.—Sevilla.—Un romance muy malo.  
Frey Manilla.—Otro romance infinitamente peor que el anterior y que todos los anteriores conocidos.  
Sr. D. A. R. R.—Málaga.—Pero eso no es nada... Ni significa nada, a quiere decir nada.  
Sr. D. A. R. B.—Madrid.—Siguen defectuosos.  
Sr. D. M. de V.—Sigüenza.—Se recibieron las 25 pesetas.  
Sr. D. J. G.—Córdoba.—No, señor; las iniciales correspondían á otro sujeto.

## LOS FURASTIEROS



—Yo pienso llevar á la parienta un botijo del santo. ¿Y tú?

—Yo llevaré la juntera, si la conservo para entonces.....

## ANUNCIOS

TIT. V. FAUER.

## MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERARIOS  
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

### PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Pezinasular, 4, primera izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

## COMPANIA COLONIAL

PREMIA DA EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA  
CON

### CUATRO MEDALLAS DE ORO

CHOCOLATES.—CAFÉS MOLIDOS  
TAPIOCA.—BOMBONES

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL: MONTERA, 8

MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

## PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO BELZADO

DISUJOS DE GILLA  
FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DGS.

### COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

*Sin encuadernar.*—A los suscriptores, 2 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

## ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.